

Juan Madrid

Bares nocturnos

Edición revisada por el autor

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuares.com
Fotografía: Enrique Sáenz de San Pedro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Madrid, 2009
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-144-9
Depósito legal: M. 28.975-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Aquella noche, Silverio San Juan se había bebido ya tres vermús mientras escuchaba, apoyado en el mostrador de zinc de Casa Camacho, a Valentín, un albañil con barba y viejo amigo de la infancia, narrarle sus aventuras con las mujeres. Le contaba algo acerca de una chica que había conocido recientemente. Una de esas que trabajaba en la Junta de Distrito como profesora de cerámica, le parecía a él, enseñando a las amas de casa y a los jubilados a fabricar vasos y platos. La chica le había contratado para una chapuza (alcatar el cuarto de baño) y al abrirle la puerta había aparecido en bragas.

Silverio le había preguntado si eran bragas de verdad o pantaloncitos cortos de esos que suelen ponerse en casa algunas mujeres para estar cómodas. Valentín no estaba seguro, pero de todas maneras eso le había impresionado y tenía intención de averiguar si lo de las bragas o el pantaloncito corto era una insinuación o una cuestión de carácter.

–Tienes que tener cuidado con eso –añadió Silverio–. Una agresión sexual te puede costar cara. Ándate con tiento, Valentín. Se ponen a gritar y la has jodido.

–No, hombre, claro que no. De agresión nada. Mira, he pensado empezar por la cosa del cine, conversación, ¿entiendes? Para tantear el terreno... Le

digo si le gusta tal o cual película y de ahí puedo seguir con escenas fuertes, ¿lo pillas?

—¿Y qué película vas a elegir?

—¿Cuál película? Bueno, cualquiera del cine español. En todas salen tías y tíos en pelotas enseñándolo todo. Sexo explícito, se llama, lo he leído en alguna parte. Yo creo que eso se debe a que ya no se folla como antes.

—¿Quién?

—¿A qué te refieres?

—¿Que quién no folla como antes?

—¿Que quién no folla? Joder, pues la gente, el personal, sobre todo los jóvenes. Pasan de eso, les va más el bla, bla, bla..., ¿entiendes? Las tías andan salidas, no hay más que verlas. Y el asunto se debe a sus maridos y sus novios, vamos, a los tíos en general. Te digo yo que ya no se folla como antes.

—¿En serio? ¿Quieres decir que antes se follaba más? ¿Qué quieres decir con eso de antes?

—¿Que qué quiero decir? Joder, Silverio, tío, antes quiere decir antes. Está muy claro. Por ejemplo, tú y yo, sin ir más lejos. ¿Es que no follábamos más cuando éramos chavales? Vamos, no jodas, Malasaña entonces era la leche, ¿es que no te acuerdas? Las tías se te tiraban encima y nosotros íbamos a lo que íbamos. Todos esos bares nocturnos abiertos la noche entera, todo ese cachondeo.

—Ahora es parecido, ¿no? Quiero decir, también hay discotecas y bares nocturnos, ¿no? Incluso yo creo que ahora hay más.

—Pero son diferentes, Silverio. El personal va a los bares a otra cosa, a jugar, por ejemplo, ¿es que no te has fijado? Fíjate en La Manuela, se llena de jóvenes

que se ponen a jugar a eso que llaman juegos reunidos. Se sientan cuatro o cinco, piden refrescos y toda la noche juega que te juega. Pegúntaselo a Jesús, anda, verás lo que te dice. La bohemia ha muerto. Nosotros somos los penúltimos.

Silverio desconectó. La mayoría de sus antiguos amigos del barrio, gran parte de ellos convertidos en albañiles, fontaneros y electricistas, opinaban que Malasaña ya no era lo que era antes, veinte años atrás, cuando ellos tenían catorce o quince años. Quizás tenían razón, aunque él no estaba seguro. En aquellos años era corriente contemplar a los que ellos pensaban que eran la bohemia, la gente de la movida, pulular por el barrio. Suponían que todo ese personal eran escritores, poetas, pintores, músicos y gente del teatro y del cine que abarrotaban los bares hasta altas horas de la madrugada charlando y bebiendo. Ahora el barrio se había llenado de *boutiques* finas, restaurantes posmodernos, peluquerías unisex y empresas de diseño. Habían rehabilitado los pisos viejos, y un cuchitril de menos de cincuenta metros costaba más de trescientos mil euros.

Bueno, todo cambiaba, sí. ¿Para qué preocuparse de eso? Precisamente ahora, Valentín le estaba contando lo que le había pasado a un colega que instaló un calentador en un piso ocupado por chicas. Aquello había sido la caraba, vamos, el desmadre.

También escuchaba otras conversaciones, trozos de frases y palabras sueltas de otros tantos parroquianos. Casa Camacho era un bar alargado, de poca capacidad, que solía llenarse de vecinos del barrio. Allí las cervezas y el vermú eran más baratos y mejores que en ningún otro sitio. Las paredes estaban recubiertas

de azulejos, el mostrador era de zinc y todavía conservaba las antiguas tinajas del vino a granel junto a aquellos simpáticos cartelitos del estilo de «Hoy no se fía, mañana sí» o «Bebe para olvidar, pero no te olvides de pagar».

Silverio vio en el otro extremo del mostrador, cerca de Ángel a uno de los dueños del bar, a un sujeto que había cruzado la mirada con la suya un par de veces. Nada importante, a su juicio, esas cosas pasaban. Se fijó: un hombre con gabardina, gordo y ancho de hombros con la parte superior de la cabeza completamente sin pelo.

Otra vez lo volvió a mirar. Y parecía sonreírle. Caramba.

Silverio lo observó de espaldas y luego de perfil. Gastaba un bigotito fino, anticuado, como trazado por un tiralíneas, y un flequillo que le caía sobre la frente, dándole un extraño aspecto juvenil. Y era cliente. Lo había observado hablar con Ángel.

Pero no estaba seguro. Se fijó un poco más. Un hombre en la cincuentena, quizá con algunos años más. Con el cabello formándole una circunferencia que le rodeaba la coronilla y esa mierda de flequillo. Un tipo gordo, pero fuerte, de movimientos pausados y tranquilos con aspecto de niño travieso.

Un madero, dedujo.

Decidió que el asunto ese de ver maderos por todas partes pertenecía al pasado. Tenía que dejar eso de una vez. Aunque él creía poseer una especie de sexto sentido (o algo parecido) que le hacía detectar en la gente sus verdaderas intenciones, los cambios de humor y las mentiras. O, al menos, que era capaz de adelantarse a sus propósitos. Eso creía.

Ahora el tipo se había vuelto hacia él con un vaso de vermú en la mano y lo miraba sin ningún recato. No parecía uno de esos tíos dedicados a buscar pareja en los bares. Y aunque lo fuera, jamás se le hubiese pasado por la cabeza que lo eligiera a él. Pero le estaba sonriendo, sí, no cabía ninguna duda. Y levantaba el vaso de vermú, brindando. Silverio no se dio por aludido.

Lo vio separarse del mostrador. Instintivamente dejó su vaso y colocó las manos a la altura del pecho. Pero el tipo le sonreía, nada más que eso. Un hombre amigable en un bar a las diez y media de la noche de un día cualquiera.

Valentín no se había dado cuenta de nada, continuaba describiendo lo que eran capaces de hacer dos mujeres jóvenes con un pobre electricista de barrio.

El tipo se volvió hacia Ángel y le dijo:

–Cóbrate.

Silverio lo vio pagar, recoger el cambio y dirigirse a la puerta. Antes de salir le hizo un gesto de saludo con la cabeza. Valentín le preguntó:

–¿Quién es ese menda? ¿Lo conoces? –Silverio negó con un movimiento de cabeza–. Parece un tío raro, ¿no? ¿Te has fijado?

–Claro que me he fijado, pero no lo conozco.

–Desde luego no es del barrio.

«Vaya», pensó Silverio.

A veces, las madrugadas de Malasaña poseen una extraña calidad de silencio, como si el mundo se hubiese detenido y empezara todo de nuevo. Ese fenómeno suele ocurrir un poco antes de que salga el sol, cuan-

do los borrachos y los alborotadores dejan de molestar, aún no hay tráfico y el aire parece fresco y prometededor. Ése es un momento tranquilo y pausado, si no te has emborrachado, ni tienes una desgracia o una inquietud importante, perfecto para permanecer en silencio con alguien que merezca la pena.

Precisamente, y no lejos de Casa Camacho, Juanita San Juan, con un pitillo entre los labios, y su viejo amigo Antonio Carpintero, también llamado Toni Romano, llevaban un buen rato sin hablar sentados en el escalón de un portal frente al bar nocturno Las Burbujas de Oro, que se encontraba al comienzo de la calle del Molino de Viento.

Habían dejado abierta la puerta del bar para que se aireara y contemplaban las luces de neón, los circulitos amarillos de las burbujas en forma de corazón que surgían de la botella de champán y las palabras «Las Burbujas de Oro» en semicírculo y las otras palabras, las más pequeñas de color blanco sobre la puerta: «Bar Nocturno». Todo eso había estado allí desde antes de que Juanita San Juan lo arrendara, treinta y cinco años atrás.

Juanita y Toni tenían parecida edad. Ambos habían pasado de la cincuentena y lo sabían, no trataban de disimular los años. Juanita tenía el rostro triangular, de pómulos marcados y los ojos grandes y reidores. Llevaba su consabida minifalda recogida en la entrepierna, que mostraba sus anchos y fuertes muslos de antigua bailarina. Toni, pausado y tranquilo, aún sin barriga y con casi todo su cabello, vestía su viejo traje, que solía ponerse sin corbata.

Juanita le dijo:

—¿Sabes? Me gusta sentarme aquí y contemplar la puerta. Antes, al principio de arrendarlo, me tiraba

horas y horas mirándola. Pensaba que por fin tenía algo mío, que dejaría de dar tumbos por ahí. Ya ves qué tonta soy.

Toni no contestó. No había nada que añadir. Juanita se apretó a Toni. Empezaba a hacer fresco en la calle.

Catalina la Grande se asomó a la puerta del bar y dijo:

–Vaya, estáis ahí. ¿Qué hacéis?

Catalina, la socia y amiga íntima de Juanita, medía más de metro ochenta, era caderona y pesaba noventa kilos aunque no parecía gorda. También llevaba minifalda y zapatos de tacón. Se acercó a ellos y añadió:

–Venga, dejadme sitio.

Se acomodó al lado de Toni y le pasó el brazo por los hombros.

–Visto desde aquí es precioso, ¿verdad? –movió la cabeza–. Parece otra cosa.

–Es un buen bar –dijo Juanita–. Siempre lo ha sido.

Catalina la Grande emitió un largo suspiro. Luego, los tres continuaron otra vez en silencio, escuchando el chisporroteo del neón y observando la multitud de libélulas, mariposas y mosquitos que zumbaban alrededor de las luces. Pasaron a su lado varias parejas de jóvenes hablando muy alto. Una chica soltó una risa y se alejó calle abajo, hasta perderse en la plaza de Carlos Cambroneró.

Las dos muchachas chinas salieron del local con sus macutos sobre la espalda, disfrazadas de escolares, y agitaron las manos en dirección a ellos tres. Eran hermanas, menudas y pequeñas, de rostros redondos muy blancos.

–Adiós, chicas, hasta mañana –se despidió Juanita San Juan.

–¡Mañana, mañana! –exclamaron.
–¿Cuánta caja hemos hecho hoy, Catalina?
La aludida se estremeció por el frío.
–¿Caja? –respondió–. Vaya manera de hablar que tienes tú, Juanita, hija. Seis cervezas y tres cubatas. ¿Eso es hacer caja?
–¿Les has dado su parte a la chinas?
–Sí.
Las dos se quedaron unos instantes más en silencio.
–Añade los dos *gin-tonics* de este tonto de Toni –le empujó–. Ha insistido en pagar, el muy bobo.
Juanita lo miró.
–Bueno –dijo Juanita al fin, arrojando la colilla al suelo y aplastándola con su zapato de alto tacón–, se acabó... Vamos, pon el cartel, Catalina, ¿quieres?
Catalina la Grande desapareció en el interior del local; mientras, Juanita se cruzaba de brazos. Las luces de neón se apagaron y Catalina salió con un cartel que comenzó a atar a la verja de la ventana.
El cartel ponía: «Se vende o se traspasa este local» y, abajo, un número de teléfono. Toni se puso en pie.
–¿No quieres quedarte? –le preguntó Juanita.
Toni negó con un movimiento de cabeza.
–Mañana tengo follón.
–¿Lo de la Asociación de Cazadores?
–Sí, esa mierda. Huele mal desde cualquier lado que lo mires.

Al oír los golpes en la puerta, Zacarías Ngoro, también llamado Zaki, se incorporó en el sofá del salón-cocina-comedor, y se puso en pie de un salto. Prestó atención, los golpes no eran de alguien tímido. Eran

perentorios, fuertes, propios de un hombre acostumbrado a no encontrar puertas cerradas en su camino.

Vivía en un minúsculo pisito de treinta y cinco metros cuadrados, un bajo interior de la calle Tres Peces, en Lavapiés, junto a otros cinco paisanos que en esos momentos dormían sobre dos colchones, despararrados en la habitación. Zaki consultó su reloj de pulsera; las cinco de la madrugada. Tomó su garrote, un bate de béisbol con la empuñadura cubierta con cinta adhesiva y esparadrapo, se lo escondió tras la espalda y abrió la puerta en calzoncillos y camiseta.

No se lo esperaba. Allí estaba el Gran Padre Marabú, Izam Ben Abdelraman Abdalá Zarkawi en persona. También lo conocía como coronel Robert Pierre Jardím. Hacía tres años que no sabía nada de él.

Había sido su jefe militar.

Su imponente figura se recortaba en la puerta, y aunque no vestía las ropas talares de su condición, ni el uniforme militar que solía usar en campaña, Zaki permaneció unos instantes pasmado, incapaz de reaccionar. El coronel llevaba un traje de *tubab* de gran calidad y prestancia y Zaki arrojó lejos el bate de béisbol y cayó de rodillas, exclamando:

—¡Gran Marabú, mi coronel!

Zaki trabajaba seis noches a la semana como vigilante nocturno en los almacenes de ropa y bisutería propiedad de una familia china, los Thao Lao Khi, cuyo almacén principal se encontraba en la calle Magdalena, no lejos de allí. Eso quería decir que dormía de día y trabajaba de noche. Pero ese día era su día libre, y aprovechaba para dormir.

Su coronel, el mismo Gran Marabú en persona, se dignaba visitar su casa. Zaki no se atrevió siquiera a

levantar la mirada. No había sabido nada de él después de haber sido licenciado de su batallón, Los Diablos Verdes, con los que había luchado durante los últimos años en distintos lugares de África, desde el Chad, Ghana y Angola hasta el Senegal, su patria.

Era una inesperada sorpresa.

El Gran Marabú le tendió la mano izquierda y Zaki la tomó entre las suyas y se puso a besarla. La mano, grande y morena, de dedos fuertes, estaba adornada por tres gruesos anillos de oro macizo.

Se dispuso a escuchar al Gran Marabú, que le hablaba en wólof, la lengua de su estirpe, conocida prácticamente por todos los senegaleses:

—¿Vives en esta pocilga, Zaki Ngoro?

—Sí, Gran Padre Marabú, y que Alá Misericordioso se apiade de mí.

—Me ha costado encontrarte. He tenido que llamar a tu familia de Dakar. Tu primo Alosius, me parece que se llama, me ha dado tu dirección.

El Gran Padre Marabú se dignó pasear la mirada por la habitación, donde se apelotonaban los cinco paisanos. Y añadió:

—La misma madre de todos los cerdos se moriría de vergüenza al ver cómo vives. ¿Cumples los mandamientos?

—Hago todo lo posible, Gran Padre Marabú. Pero en este país de *tubabs* no nos quieren y no suelen alquilarnos viviendas dignas. ¡Que Alá los confunda!

—Bueno, no te quedes ahí pasmado, tengo que hablar contigo.

Zaki, sin atreverse a mirarlo, cerró la puerta y caminó inclinado hacia el suelo, hasta el raído y desvencijado sofá donde dormía. Alisó la colcha, apar-

tando migas de pan, restos de comida y ropa sucia, y le dijo:

—Mi humilde casa se ha santificado con tu presencia, Gran Padre Marabú. Siéntate aquí y pídemelo que quieras. ¿Necesitas beber algo?, ¿comida? Todo lo que me pertenece es tuyo y puedes disponer de ello a tu antojo.

—No necesito nada. Dime, ¿son de confianza estos paisanos?

—No, Gran Marabú, no son de confianza, aunque me respetan. De todas formas puedes seguir hablándome en wólof, ellos no lo entienden y tampoco se despertarán, duermen como piedras.

—¿Algunos de ellos son soldados, Zaki?

—No, Gran Padre, son sirvientes. Han venido a este país de *tubabs* de Guinea Bissau y de Costa de Marfil, pero sin papeles legales.

Abdalá Zarkawi contempló el mugriento sofá, recogido de la calle, y terminó por sentarse. Cruzó las piernas y observó a Zaki Ngoro, que permanecía en cuclillas a sus pies.

—¿Hablas la lengua de estos *tubabs* españoles, Ngoro?

—Sí, Gran Marabú, la hablo y la entiendo.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta tierra de infieles, que Alá la confunda?

—Tres años, Gran Marabú, desde que me licencié. Salí de Dakar en avión, pero estuve antes, algunos meses, en unas islas que hay a mitad de camino y luego, desde allí, vine en barco a este país. Tengo los papeles en regla, tú mismo me los conseguiste. Cuando tenga el dinero suficiente para que mi familia se construya una casa de ladrillo y la tienda de reparación de

motos, volveré a nuestra tierra, a la sagrada Casaman-
ce... Si ésa es la voluntad de Alá.

–¿Y has ahorrado mucho?

–Bueno, no mucho, Gran Marabú. Aún calculo que me quedan dos años más para reunir lo que necesito.

–Pues me parece que va a ser voluntad de Alá, que su nombre sea bendito, que regreses enseguida a nuestra sagrada patria, Zaki Ngoro. Volverás rico y respetado y podrás conseguir la dignidad para tu familia. Te convertiré en un hombre poderoso.

Zaki Ngoro se le quedó mirando.

–¿Acaso, Gran Marabú, voy a volver al ejército? Si es la voluntad de Alá, el Grande y Misericordioso, estoy dispuesto. No me importaría volver a empuñar las armas, aunque ya no sea el joven de antes, Gran Marabú.

El coronel se contempló la punta de los relucientes zapatos negros.

–Esos tiempos ya han pasado. Ahora te necesito para otra cosa, aunque viene a ser parecido.

–En el nombre de Alá el Todopoderoso, Gran Marabú, que su nombre sea bendito, estoy a tu disposición en cuerpo y alma.

–Es lo que esperaba oír, pero siéntate ahí, en esa silla, frente a mí. Ponte cómodo.

El Gran Marabú aguardó a que Zaki Ngoro se sentara en la silla. Observó cómo cruzaba los brazos sobre el pecho y se inclinaba hacia delante hasta casi rozar el suelo, con los ojos fijos en su persona. Unos ojos enormes que parecían de lechuza o del pájaro *ding dong*. Zaki Ngoro había sido un buen soldado, muy hábil con el cuchillo, la azagaya y el arco y las flechas. En

realidad con cualquier arma, incluidas las de fuego: pistola, AK-47 y mortero. Por eso lo ascendió a cabo y lo reclutó para su guardia personal. Aún continuaba con la cabeza afeitada, símbolo de su condición de guerrero *soma*. Esperaba que su larga estancia entre los *tubabs* españoles no hubiese mermado sus habilidades.

—Cualquiera de tus palabras son órdenes para mí, Gran Marabú. ¿Qué tengo que hacer? ¿Algún enemigo te importuna? Dímelo y dejará de molestarte. Maldecirá eternamente a su madre por haberlo traído al mundo.

—Bueno, verás, no se trata exactamente de eso. Pero no puede excluirse esa posibilidad, es muy posible que aparezcan enemigos, aunque todavía no sé dónde se esconden, ni quiénes son. De todas formas necesito a alguien como tú. Un gran guerrero *soma*, astuto, hábil con las armas, rápido y temeroso de Dios.

—Ése soy yo, Gran Marabú.

—Verás, Ngoro, un día de éstos voy a recibir una gran cantidad de dinero y necesito a alguien que me proteja. ¿Tienes pistola?

—No, Gran Marabú. En mi trabajo me dan un garrote y un machete.

El coronel no podía saberlo, pero Zaki Ngoro tenía un gran prestigio como vigilante nocturno entre las familias chinas de la calle Magdalena, plaza de Tirso de Molina y Lavapiés. Al poco tiempo de comenzar su trabajo, capturó dentro del almacén a un yonqui y, sin más, le cortó la oreja derecha de un solo tajo de machete. La guardó en el bolsillo y lo dejó escapar. El sujeto sobrevivió, pero no pudo decirle a la policía, a ciencia cierta, quién le había mutilado de esa forma

tan salvaje. Afirmaba que estaba borracho de *grifa* y alcohol y que no se acordaba. Suponía que podía tratarse de bandas de jóvenes rapados que odiaban a los yonquis. Pero el caso fue que a partir de entonces los robos en las tiendas y almacenes de los chinos descendieron en el barrio un noventa y cinco por ciento.

El coronel se puso en pie, sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta y se la entregó a su antiguo cabo.

–Ven a verme a este hotel. Pero debes recordar que de ahora en adelante soy el coronel Robert Pierre Jardím. Cuando te dirijas a mí en lengua *tubab*, me llamarás «coronel». ¿Lo has entendido?

–Sí, Gran Marabú.

–Ahora escúchame con atención. Debes purificarte, rezar las oraciones y no mancillar tu cuerpo con el contacto de sucias mujeres *tubabs*, ni tu alma con alimentos impuros. Quiero que vuelvas a ser un auténtico guerrero *soma*. Dime si lo has entendido, Zaki Ngoro.

–Que los cerdos se coman mi cuerpo si incumplo las leyes, Gran Marabú. ¡Alabado sea Dios!

Silverio se dio cuenta enseguida de que el tipo aquel se estaba haciendo el loco. Era lo típico, poner cara de despiste y fingir no recordar nada. Le había contestado: «¿El sábado?, ¿qué sábado?», y luego le había preguntado: «¿Y usted quién es, si puede saberse?». Silverio se lo tuvo que explicar otra vez: era empleado de una empresa dedicada, entre otras cosas, al cobro de morosos. Y le mostró el carné con su fotografía de «Ejecutivas Draper. Detectives, Morosos. Asesoría Fiscal y Laboral. Seriedad y Eficacia». Y luego añadió que Las Burbujas de Oro, el bar nocturno, era su cliente.

—Ahí está la fecha, en la parte superior de la factura. ¿La ve? Fue el mes pasado... Bueno, hace casi cinco semanas. ¿No se acuerda? El sábado dieciséis de marzo y buena parte del día siguiente, o sea el domingo. Usted entró al Burbujas de Oro ese sábado a eso de las diez de la noche con dos amigos y salió el domingo a la una de la tarde —iba a decirle que tendrían que haberle cobrado alquiler, pero se contuvo—. Sus acompañantes se fueron a una hora indeterminada de la madrugada del domingo. Dijeron que usted lo pagaba todo.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Vaya, pues no recuerdo haber dicho eso.

—¿No? Pues qué raro, porque mis clientes del Burbujas lo recuerdan perfectamente. Y usted firmó la nota aceptando la cuenta. ¿Es ésa su firma, verdad? Está en la parte de abajo.

El tipo agarró la factura y se puso a mirar el garabato de la firma. Silverio se fijó en el sujeto: un tal Bermúdez, Antonio Bermúdez, dueño de Mudanzas Bermúdez, un hombre de unos sesenta años, tripón y de brazos enormes que aún conservaba todo el cabello. Un fulano que se hacía el loco mientras pensaba apresuradamente cómo deshacerse de él. Un antiguo camionero que había invitado a un par de amigos a una noche de farra, seguramente mientras sus señoras se encontraban fuera.

Se hallaba en su despacho, o lo que fuera eso, un cuchitril pintado de verde lleno de archivadores y papeles, un lugar inhóspito que reflejaba, a su juicio, la mentalidad tacaña y rapaz de su dueño.

Paseó la mirada por la mesa de formica donde el tipo apoyaba los brazos y se fijó en la fotografía enmarcada colocada al lado del teléfono. Una mujer un poco gorda y emperifollada que sostenía entre sus brazos a dos niños pequeños. Y luego, en un calendario colgado de la pared, una tipeja que enseñaba las bragas encaramada en una escalera de mano, simulando que cambiaba una bombilla del techo.

Hasta allí llegaban los ruidos de los motores de los grandes camiones que entraban o salían de la nave próxima, donde había visto a los operarios, hombres afanosos vestidos con monos azules, comprobar las cargas, mientras los teléfonos no dejaban de sonar.

Eso era lo que escuchaba, los timbres de los teléfonos y el sordo rumor de pasos y voces humanas, mez-

clados con el ronroneo de los motores de los camiones.

Ahora el tipo se ponía a mesarse la barbilla.

—¿Se acuerda ahora? —insistió Silverio, aunque costaba trabajo pensar que se podía haber olvidado de una juerga de esa categoría.

—Bueno, pero debía de estar borracho. Y lo que yo digo es que cada cual se ahorque en su propia higuera. No tengo por qué pagar lo de otros, vamos, digo yo.

Qué paciencia había que tener, Dios santo.

—Verá, señor Bermúdez. Tiene usted razón en lo que dice, pero ése es un asunto de usted con sus amigos, yo me debo a mis clientes. Usted firmó y aceptó esa factura y las facturas hay que pagarlas. Vea, las consumiciones están detalladas en la hoja adjunta, ¿se ha dado cuenta? Unos veinte whiskies y tres botellas de champán francés para las señoritas, más otras dos botellas de rioja y una paella que trajeron de la calle para matar el gusanillo. A eso hay que añadir el asunto con las señoritas, que se paga aparte —Silverio aguardó. Bermúdez parecía no escucharle, aparentemente sumido en profundas cavilaciones—. Ustedes cerraron el local, ¿me equivoco?

Bermúdez pasó a pellizcarse el labio inferior mientras volvía a revisar la factura.

—Las señoritas salen francamente caras, señor Bermúdez —añadió Silverio—. Y si usted echa cuentas, ha resultado bastante barato. En cualquier establecimiento del mismo tipo, le hubiese costado el doble. Y aun así, la casa le invitó a café y zumo de naranja por la mañana y le llamó a un taxi para que pudiera volver a su casa.

–Eran chinas.

–¿Chinas? Bueno y qué. ¿Es que acaso las chinas no entran en la categoría de señoritas, señor Bermúdez? No lo hacen gratis, si me permite mencionárselo.

–Medio millón es mucho, joder.

–Tres mil trescientos euros. Y la cifra está redondeada. Si se fija, el monto total es de tres mil cincuenta y tres. Y, sinceramente, a mí no me parece tan abultada.

–¿Y esos trescientos euros, de qué son?

–Suplemento por demora. El diez por ciento. Es lo habitual. Irá aumentando si usted sigue retrasándose en el pago.

La culpa había sido de él, claro. De Silverio. Simplemente no tenía que haber aceptado el trabajo, y así se lo dijo a Draper el día anterior por la mañana. Que fuera otro, Calixto, por ejemplo, o Gerardín, él no podía, tenía un caso. ¿Es que no se acordaba? El asunto ese del universitario, el futuro yerno de esa familia tan pudiente. Pero Draper fue muy claro, le daba lo mismo, tenía que dejar lo que estuviese haciendo y dedicarse por entero al cobro de morosos. Era su especialidad. Mierda.

Silverio metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, extrajo el jodido reloj de supuesto oro macizo y lo dejó sobre la mesa, a la vista del tipo.

–Usted no tenía fondos en su tarjeta de crédito y entregó en prenda este reloj, un Rolex. Dijo que estaba valorado en un millón de pesetas –hizo una pausa–. Es más falso que un duro de madera.

Antonio Bermúdez miró el reloj durante unos instantes.

–¿Ah, sí? ¿Es falso? Vaya, no lo sabía, es un regalo. ¿Está seguro?

–Nuevo debe de costar unos cinco euros. Los fabrican en China. Creo que en Shanghái.

–Me lo regalaron unos proveedores hará... –se encogió de hombros–, creo que por mi cumpleaños. Bueno, no importa... Así que es falso, ¿eh?

Ése era el momento clave, casi siempre ocurría en ese instante. Los morosos se quedaban sin argumentos y se ponían a evaluar la posibilidad de deshacerse de él con un par de bofetadas y luego arrojarlo escaleras abajo. Miraban su tamaño, si había musculatura suficiente bajo la chaqueta, y la decisión en su mirada.

A veces lo intentaban –ése era uno de los muchos inconvenientes del trabajo– y él tenía que demostrar que se habían equivocado al contemplarlo tan aparentemente tranquilo y poca cosa.

Aunque había otro tipo de morosos –en realidad los había de muchas clases–, los más corrientes eran escurridizos y embusteros, sin contar a los profesionales, los timadores y estafadores, cuyo trabajo principal consistía en mentir.

De manera que antes de que ese tipo tomara una decisión equivocada, Silverio le sonrió en plan compadre y manifestó:

–Una equivocación la tiene cualquiera, señor Bermúdez, no queremos presionarlo. De todos modos hay dos maneras de solucionar este malentendido. Una es la fácil, y la otra, la difícil. Mire, ya tengo una nueva factura preparada. Si usted me entrega el dinero en metálico ahora mismo, le reduzco la cuenta un diez por ciento. La factura es legal y no aparece ningún Burbujas de Oro, sino una tienda de artículos de regalo. Podrá deducirlo de la declaración de la renta. ¿Qué le parece?